

EX QUÍMICO. *Primo Levi*

Traducción de Javier Barreiro Cavestany

La relación que liga a un hombre a su profesión es parecida a la que lo liga a su país; es así de compleja, a menudo ambivalente y, en general, se la comprende plenamente cuando se rompe: con el exilio o la emigración en el caso del país de origen, con la jubilación en el caso del oficio. He abandonado el oficio de químico hace ya unos años, pero sólo ahora me siento con el distanciamiento necesario para verlo en su totalidad, y para comprender cuánto lo tengo interiorizado y cuánto le debo.

No me propongo aludir al hecho de que durante mi cautiverio en Auschwitz me salvó la vida, ni a las razonables ganancias que me deparó por treinta años, ni a la jubilación a la que me dio derecho. Quisiera, en cambio, describir otros beneficios que creo haber conseguido, y todos se refieren al nuevo oficio que he asumido, es decir el oficio de escribir. Se impone enseguida una precisión: escribir no es exactamente un oficio, o al menos, a mi parecer, no debería serlo: es una actividad creativa y, por lo tanto, soporta mal los horarios y los plazos, los compromisos con los clientes y los superiores. Sin embargo, escribir es un “producir”, más aún, un transformar: quien escribe transforma las propias experiencias en una forma tal que resulta accesible y del agrado del “cliente” que leerá. Las experiencias (en el sentido amplio: las experiencias de vida) son entonces una materia prima: el escritor que carece de ellas trabaja en vano, cree estar escribiendo pero escribe páginas vacías. Ahora bien, las cosas que he visto, experimentado y hecho en mi vida anterior son hoy para mí, como escritor, una fuente valiosa de materias primas, de hechos a relatar; y no sólo de hechos: también de emociones fundamentales tales como medirse con la materia (que es un juez imparcial, impasible pero durísimo: si te equivocas te castiga sin piedad), y triunfar o ser derrotado. Esta última es una experiencia dolorosa pero saludable, sin la cual uno no se convierte en adulto y responsable. Creo que cada uno de mis colegas químicos lo podrá confirmar: se aprende más de los propios errores que de los propios éxitos. Por

ejemplo: formular una hipótesis explicativa, creer en ella, tomarle cariño, controlarla (¡oh!, la tentación de falsear los datos, de darles un empujoncito) y, por último, encontrarla errada, es un ciclo que en el oficio de químico se presenta hasta demasiado a menudo “en estado puro”, pero que es fácil reconocer en otros infinitos itinerarios humanos. Quien lo recorre con honestidad sale madurado.

Hay otros beneficios, otros dones que el químico ofrece al escritor. La costumbre de penetrar la materia, de querer conocer su composición y estructura, de prever sus propiedades y su comportamiento, lleva a un *insight*, a un hábito mental de concreción y de concisión, al deseo constante de no detenerse en la superficie de las cosas. La química es el arte de separar, pesar y distinguir: son tres ejercicios útiles también para quien se apresta a describir hechos o a darle cuerpo a la propia fantasía. Hay además un patrimonio inmenso de metáforas que el escritor puede recabar de la química de hoy y de ayer, y que quien no haya sido asiduo del laboratorio y la fábrica conoce sólo aproximativamente. También el profano sabe qué quiere decir filtrar, cristalizar, destilar, pero lo sabe de segunda mano: no conoce su “pasión impresa”, ignora las emociones ligadas a estos gestos, no ha percibido su sombra simbólica. Aun sólo en el plano de las comparaciones, el químico militante posee una insospechada riqueza: “negro como...”; “amargo como...”; viscoso, tenaz, pesado, fétido, fluido, volátil, inerte, inflamable: son todas cualidades que el químico conoce bien, y para cada una de ellas sabe elegir una sustancia que la posee en medida preeminente y ejemplar. Yo, ex químico, ya atrofiado y en retiro, si tuviese que volver a un laboratorio, me sentiría casi avergonzado cuando en mi escritura aprovecho de este repertorio: me parece estar aprovechándome de una ventaja ilícita frente a mis neo-colegas escritores que no cuentan a sus espaldas con una militancia como la mía.

Por todos estos motivos, cuando un lector se asombra del hecho de que siendo químico haya elegido la vía de la escritura, me siento autorizado a responderle que escribo precisamente porque soy un químico: mi viejo oficio se ha transfundido ampliamente en el nuevo.